

de Delfos, y arrojado como un aereolito misterioso por el destino en los calabozos de la Conserjería para ser consumido por las cóleras y por las venganzas de la revolucion. Allí fué preso el gran sofista Pedro José Proudhon; y allí iba á responder de su crimen el gran criminal Pedro Napoleon Bonaparte.

Pero el pueblo no se contentaba con esto. París quería una más alta víctima, una más ruidosa venganza. Apartábanse los ojos del asesino para fijarse en el Emperador. Un nuevo convidado de piedra entraba en los festines de las Tullerías y descargaba la mano pesada y yerta, sobre el cesáreo cetro, cada dia más quebradizo y más frágil. No era aquel Baudin, exhumado del ingrato olvido por la prensa, muerto, tanto á las balas de los pretorianos, como al menosprecio de los trabajadores; era un jóven cuya vida oscura resplandecía como un meteoro, cuyo mérito mediano se ajigantaba con la muerte, cuyas esperanzas, segadas en flor, y caidas sobre su ataud, le daban melancolía y sublime poesía. A su lado aparecían, heridos en el corazon tambien un padre amoroso, un hermano leal; una hermana querida, y sobre todo, aquella tierna amante, jóven hermosa, enamorada, que apercibia su lecho nupcial y tropieza con la sepultura, que trenzaba en sus sedosos cabellos la corona de azahar y se clava la guadaña de la muerte, que se probaba su velo de novia y debía ceñirse los lutos de la viudez, herida en el alma, asesinada por la mano aleve del brutal Bonaparte. Hasta se hablaba de un niño, de un sobrinito, hijo de sus hermanos, que no quería creer la muerte de su tío, y le tomaba por dormido; y decia al duelo que le dejarán en paz, que no le despertasen, porque acaso le habian fatigado mucho los trabajos de aquel dia. Así todos los sentimientos humanos se interesaban á una en la gran tragedia. Todos los corazones latian

unísonos en aquel momento. Los padres, las madres, miraban á sus hijos y preguntaban al cielo si no podia haberles sucedido lo mismo. Los amigos se acordaban de los amigos. Los jóvenes que debian ser llamados á reemplazar el reflujo de las generaciones viejas, de las generaciones próximas, escuchaban y repetian toda suerte de amenazas contra sus infames señores. Las jóvenes lloraban el amor segado en primavera, la pobre novia ya viuda; y añadian al horror general toda la fuerza de sus sentimientos. Era, pues, París, un tonante volcan de encendidos ódios y de tremenda cólera.

Las reuniones públicas, tan gárrudas y tan temerarias de ordinario, se disolvian jurando revolucion y venganza. Las gentes que pasaban bajo las ventanas de las Tullerías, fulguraban miradas de cólera y mostraban el puño en ademan de dar un golpe. Los exaltados del barrio de San Antonio y de Belleville encendian antorchas, y se daban á correr en busca del cadáver, como bacantes ébrios de ódios. Otros hablaban de conducirle sigilosamente en coche de alquiler hasta el centro de los grandes boulevares, y allí mostrarlo al pueblo indignado, moviéndolo contra el César, como Antonio mostró el cadáver de César al pueblo romano y lo movió contra Casio y contra Bruto. Por todas partes se oia: á las armas, á las armas. Un génio invisible trazaba en los aires, al reflejo de aquella ira universal, la palabra sacramental de las grandes crisis, la palabra del momento, la palabra revolucion. Se oian sus detonaciones, y se esperaba por unos y se temia por otros su irremediable estallido. El trono de los Bonapartes caia con horrible estrépito bajo los anatemas de la conciencia pública. La libertad sólo habia servido para precipitar la ruina y acelerar la catástrofe.

CAPITULO XXI.

EL ENTIERRO DE VICTOR NOIR.

Terribles dias el once y doce de Enero de mil ochocientos setenta: dias de ira popular, dias de inenarrables tragedias. El once, de buena mañana, la *Marsellesa* dirigida, como hemos dicho, por Rochefort, aparece orlada de negro, con las declaraciones de los testigos del asesinato, y un llamamiento á las armas. La sesion del Cuerpo Legislativo se abre en medio de agitaciones casi epilépticas y de gritos casi revolucionarios. En el salon de conferencias los diputados, los periodistas, los curiosos, en grandes grupos, en corros numerosísimos, vociferan, gesticulan, disputan. Nunca se desmostró tan claramente aquella profunda observacion de ingeniosísimo inglés, el cual decia que todos los franceses saben hablar bien pero que ninguno sabe oír, ninguno escuchar. Cada ciudadano lanzaba sus largas observaciones como un monótono monólogo. En lo que todo el mundo convenia era en la proximidad, en la inminencia de gravísimos sucesos. Mirábanlos venir con alegría los partidarios del Imperio dictatorial, porque á ellos fiaban la muerte

de la renaciente libertad y la restauracion del antiguo cesarismo; mientras los liberales de todos matices, los republicanos prudentes veian caer enterradas en el polvo y en el humo de los motines todas sus esperanzas.

Entróse en las deliberaciones del Cuerpo Legislativo. Los bancos de los diputados estallaban, las tribunas del público parecian doblarse al peso de la gente. Rochefort se levantó y todas las miradas se fijaron en su tétrica figura. La elocuencia le faltaba para tan supremo trance, pues si hubiera podido vibrarla con el arte propio de los grandes oradores, despierta profundas emociones y aterra y confunde á sus atribulados enemigos. Sólo se le ocurrió un tópico de retórica sobre el pobre hijo del pueblo asesinado por el príncipe de la sangre; y una desdichadísima comparacion ya gastada entre los Bonapartes y los Borgias. La mayoría, con su ceguera de entendimiento, con sus extravíos de lenguaje, con sus violencias de golpes y de amenazas, dada al tumulto más que las oposiciones, amiga de las tormentas parlamentarias, como

si en esos graves conflictos el escándalo no dañara al mayor número, ahogó la voz de Rochefort, rompiendo los cuchillos de madera en los respaldos de los bancos, y llenando de feroces imprecaciones los aires, con lo cual solo conseguía encender y enrojecer todavía más la caldeada opinión pública próxima á estallar en una lluvia de fuego. Emilio Ollivier subía las gradas de la tribuna, se encaraba con el ardiente diputado; y en tono firmísimo, actitud resuelta y palabras imperiosas, le decía esta frase. «Tened cuidado; somos la justicia, somos la moderación, pero si nos provocais, seremos también la fuerza.»

En todo el día once fué, como decimos nosotros en nuestro lenguaje familiar, un jubileo la casa del asesinado. Víctor era lo que los franceses llaman *gamin*, palabra intraducible á nuestra lengua y que significa un joven ligero, gracioso, aniñado, de buenas prendas, de excelente corazón; pero un tanto calaveresco, aunque sus calaveradas sin graves consecuencias, pues de otra suerte perdería el derecho al epíteto; y en el fondo, un héroe. Todos concordaban á una en las excelencias de su carácter; en la intensidad y desinterés de sus afectos. Habíanlo depositado en la riente sala recién alquilada en Nevilly, que daba á risueños jardines poblados, no obstante la estación, de flores y de pájaros. Junto al salón un cuarto de estudio, verdadero gabinete de artista, donde brillaban fotografías de todos géneros, dibujos de todas procedencias, estatuitas de barro, manoplas de puro adorno, los libros de los clásicos franceses que le servían para ejercitarse á escribir, los libros de los clásicos latinos que comenzaba á hojear, los libros de los socialistas modernos, en cuyas páginas su inteligencia tomaba ese vago color azul y su carácter ese agudo filo revolucionario que explica la mitad casi de las desgracias y de los contratiempos de todos los reformadores en la vecina Francia. Durante mucho tiempo, su único trabajo consistió en escribir la crónica

diaria de un gran periódico de París. En nuestras reducidas ciudades apenas se comprende que pueda haber asunto para una crónica diaria. Pero trasladaos con el pensamiento á París; á aquella encrucijada de todos los caminos de Europa, á aquel foco de todos los rayos de la inteligencia; ciudad de dos millones de habitantes, inmensa colmena donde zumban todas las ideas, inmenso taller donde se ejercitan todas las facultades del humano trabajo, encrespado Océano de las pasiones humanas; con sus provocativos goces mezclados á inmensas y desgarradoras tristezas, con su pequeñez y su magnitud, con sus virtudes heroicas y sus groseros vicios; centro de contradicciones como verdadera obra humana, como verdadero reflejo de nuestro contradictorio espíritu; poblada de extranjeros que buscan el placer y encuentran el desengaño, de artistas que buscan la fama y encuentran el suicidio, de mujeres que van á dormir hoy á un palacio y mañana á un hospital, de todos los protagonistas de la escena europea, de todos los favorecidos de la fama universal; y tendreis materia para escribir un drama diario, como los dramas de Shakespeare, en que se mezclen lo sublime y lo grotesco, se vean los matices de todas las inspiraciones, y se oigan las voces confusas y discordantes de todos los elementos sociales; ya que allí están representados por algun embajador todos los hombres de la moderna civilización como estaban representados en el Panteón de Roma todos los dioses del antiguo Olimpo. De las crónicas pasaba Víctor Noir á obras más ligeras todavía, á artículos más chispeantes, folletos brevísimos, hojas llenas de gracia, periodiquillos agresivos, juguetes del ingenio, explosiones de su inquieta inteligencia. Caso raro y que parece ideado por un gran poeta dramático. En la víspera de morir hacinaba todos los elementos necesarios para una obra que debía publicarse bajo este lema: «Los asesinos del segundo Imperio.»

¿Quién le hubiera dicho que había de ser, *El autor de los Asesinos del segundo Imperio*, el más célebre de los asesinados?

El 12 de Enero celebróse el entierro de Víctor Noir. El día estaba sombrío, el cielo encapotado, las calles de barro llenas, la atmósfera como si fuera de agua, merced á esa menudísima lluvia de París que os rodea de una acuosa envoltura. Los talleres todos habían suspendido sus trabajos, las tiendas cerrado sus puertas, los colegios vacaban, los vendedores ambulantes salían en mayor número que otros días como á una gran fiesta, los esbirros vagaban por los alrededores de los edificios públicos, los gendarmes y guardas de la ciudad por las encrucijadas y esquinas, las tropas de la policía por las calles, la guarnición de la ciudad y de los depósitos circunvecinos por las avenidas y los alrededores como si se temiese una batalla. Y en efecto, mientras el verdadero partido republicano estaba penetrado de que todo intento revolucionario favorecía al Imperio, los demagogos, con esa imprevisión que les caracteriza, intentaban promover un levantamiento en los funerales de la popular víctima. Es una manía de que nunca se curarán los partidos avanzados, esas revoluciones ensayadas, preparadas, dispuestas para un día dado, como arregladísimo drama. Las revoluciones no se forjan artificialmente: de los motines artificiales, de los golpes de mano largamente preparados á las revoluciones verdaderas hay una inmensa distancia. Los primeros, los motines, son como el hombre del Wagner de Goethe, contrahecho en la retorta de la alquimia, mientras las revoluciones deben ser hijas de la naturaleza y de la sociedad á un tiempo, preparadas por largo y fecundo trabajo. Con una palabra no se cambian las corrientes de los tiempos. Los que creen poder transformar en un día las sociedades á su arbitrio, tienen de la sociología el concepto falso y fantástico que tenían los antiguos magos de la cosmogonía, cuando imaginaban

que el aliento de un Dios, el fruncir de sus cejas, eran bastante á encender la vida en la naturaleza y á poblar de seres los infinitos espacios. Ya en la geología moderna no se admiten las revoluciones súbitas, las catástrofes violentas. A la revolución milagrosa ha sucedido la revolución científica. Los días de la creación son eternos, y se reproducen á cada momento en el planeta. El período neptuniano, el período plutoniano coinciden á nuestra vista. El agua del Adriático que baña las marmóreas sandalias de Venecia, forma los fósiles como las aguas del diluvio. Y si ha cambiado la ciencia genesiaca de la naturaleza, debe cambiar también el Génesis de la sociedad. Dejaos, magos, profetas, sicofantas, reveladores, dejaos de vuestras tempestades, revelaciones súbitas, Sinaís tormentosos, milagros increíbles; y tened la resignación suficiente para transformar con lentitud, pero con seguridad, en sentido progresivo, humanitario, democrático, las sociedades humanas.

¿Pero quién persuadía á los revolucionarios y á los impacientes á que perdiesen aquella coyuntura? Creían que la indignación pública bastaba á engendrar una de las mayores revoluciones. Imaginaban que en el entierro de Víctor Noir todos los parisienses iban á dejarse asesinar como los antiguos gladiadores. Y no pensaban con la debida madurez que la indignación por grande, por justa, no podía darles armas, y que trescientos mil parisienses desarmados, entre ellos muchas mujeres y muchos niños inermes, no podían ni por obra de un milagro vencer á trescientos mil hombres armados de todas armas y sometidos á severa disciplina. Los previsores, los amantes de la República, los decididos á servirla y á salvarla, se apenaban de aquellas locuras y preveían grande retroceso en la libertad, de nuevo anegada en diluvios de lágrimas y sangre. Pero muchos iban dispuestos á la pelea y llevaban ocultos puñales y pistolas como si hubiera sonado ya el instante supremo,

Eran las dos de la tarde. La casa mortuoria estaba henchida de multitud de amigos, y los alrededores de innumerable muchedumbre ébria de indignacion y de cólera. Levantábase el fúnebre hogar en Neuilly, barrio aristocrático, ya de las afueras, cercano al campo, apartado del centro de París. Por eso la lucha entre los que anhelaban la revolucion y los que anhelaban la paz se empeñó en supremo punto; en si el cuerpo habia de ir al cementerio del padre Lachaise, atravesando toda la ciudad, ó habia de quedar en el cementerio de Neuilly. Si quedaba en Neuilly, á pesar de la inmensa concurrencia, todo se reducía á una ceremonia tierna, sencilla, á un entierro triste, llorado; pero sin ninguna trascendental consecuencia. Mas si cogian el cadáver en hombros; si lo mostraban á París delirante; si salian, seguidos de trescientos mil ciudadanos; si iban por la interminable avenida del grande ejército, por las alamedas de los Campos Elíseos, por la Plaza de la Concordia, por la calle de la Paz, por la inmensa espina dorsal de París, que forman los boulevares, hasta acercarse á los barrios trabajadores, donde el gran cementerio se levanta, recogiendo en su inmenso curso los numerosos afluentes de ardientes multitudes, era seguro que la cólera engendraba la revolucion, y la revolucion prendía el fuego del entusiasmo á París, y París á Francia, y Francia á Europa, y Europa al mundo, pudiendo ser aquel frio cadáver como el germen de la redencion universal. De esta suerte soñaban los utopistas.

Dos corrientes habia, pues, en aquella muchedumbre: una que trataba de dirigir el cadáver á París, otra que trataba de dejar el cadáver en Neuilly. Y estas dos corrientes luchaban dentro de la casa, al pié de la mortaja del difunto. Todo esto le quitaba solemnidad á la muerte y grandeza al entierro. El pobre jóven habia sido olvidado, y sus despojos pasaban á convertirse en trapos de desgarrada bandera, en señales de revolucion y

de combate. Todo dependia de Rochefort. Escritor aplaudido, periodista excitado, diputado intransigente, autor de artículos que eran verdaderas proclamas y de llamamientos á la fuerza que eran verdaderos desafíos, una señal suya bastaba para que todo ardiera. Cuantos le habian oído decir á sus electores en las reuniones públicas que él no era un diputado para la Asamblea sino un diputado para las calles; que su verdadera tribuna estaba en las barricadas, tenian derecho á esperar un rasgo de heroica resolucion para ponerse á su frente é ir al tantas veces anunciado combate.

A la hora convenida, Rochefort entra pálido como la muerte, nervioso como la sensitiva, con las señales del insomnio en las ojeras moradas, descompuesto el semblante, fatigado de alma y cuerpo, presa de emociones terribles, que no podia vencer ni dominar á su arbitrio. ¡Cuánto hubiera dado por volver en aquel dia tremendo á su antigua oscuridad, á sus fiestas del Figaro, á sus tertulias literarias, á sus comedias graciosas, á sus trabajos modestos, á sus amigos del alma, en vez de hallarse allí entre los remolinos de las olas y de los vientos, con las chispas de la revolucion sacudiéndole á latigazos todos los músculos, con el peso abrumador de su responsabilidad sobre la conciencia, con el abismo de la muerte á sus plantas, con el naufragio de trescientas mil personas ahogadas en mares de sangre: ante su encendida vista. Al entrar en la habitacion mortuoria, dejándose caer sobre un sillón y sacudiendo el sudor frio que bañaba su frente, dijo con voz de moribundo y con mirada de angustia y de agonía, «Tengo sed y dadme agua.» «Tomad rom» le replicó un inglés que estaba á su lado. «No lo tomo nunca», respondió Rochefort. «El que siendo jefe de un partido desfallece en estas circunstancias, debe tomar rom», replicó brutalmente el inglés, indicándole bien á las claras que estaba muy por bajo de su deber y de su ministerio.

En esto entra uno de los mayores demagogos de París, uno de los antiguos amigos de

Rochefort; uno de aquellos que más habian difundido su candidatura, que más habian gritado contra los moderados del partido, que más voluntades habia reunido en torno del intransigente, y le conjura con furia para que se decida con ánimo y dirija el cadáver á París con precipitacion. Rochefort comenzaba ya á entender, aunque tarde, una cosa bien natural y sencilla; que habia mucho oropel, mucho similar en el resplandeciente metal de las exageraciones demagógicas. Y volviéndose hácia el recién venido, le dijo agriamente que no tenia derecho á dirigirle ninguna pregunta y mucho ménos á imponerle ningun género de proceder y de conducta. El demagogo entabló con él airada discusion, cual si en las reuniones públicas se encontrara. Le dijo que, representante del pueblo, debia guiar al pueblo; que, depositario de toda influencia, debia ejercerla segun sus promesas y en pró de la revolucion; que, si vacilaba, no habria lucha, pero sí una division profunda dentro del partido republicano, cuya responsabilidad caeria toda entera sobre aquel que fuera bastante cobarde para huir ante el trance supremo ó bastante traidor para olvidar imperiosos mandatos y públicas obligaciones. Y calándose su sombrero de fieltro, y dirigiendo una mirada menospreciativa á su antiguo amigo, bajó la escalera fúnebre de prisa, atravesó la puerta con violencia, y se perdió en la muchedumbre para encenderla y sublevarla.

El tiempo corria, la tarde avanzaba, las divisiones de los ánimos se recrudecian, las controversias tomaban aspecto de disputas, y las disputas á su vez aspecto de batalla. La multitud, apostada á la puerta, se removía, se impacientaba, mugía como el huracán, y demandada una resolucion. La pobre familia del muerto no habia podido entregarse al silencio, á la solemnidad, al recogimiento del dolor que sólo sabe alimentarse del dolor mismo. Ideas extrañas, peripecias trágicas, supersticiones políticas, habian hecho de aquel cuerpo como la petrificacion del oleaje revo-

lucionario, como el símbolo de las batallas, como un ídolo ó una momia. Luis Noir se llevó á Rochefort al taller de un pintor vecino donde se disputaba sobre si el cuerpo de Víctor habia de ir á París, ó habia de quedar en Neuilly, es decir, habia de promover una revolucion política, ó habia de ser enterrado con una simple ceremonia dolorosa. El estóico Delescluze, el intransigente de todos los tiempos, el exaltado de todas las ocasiones, el severo mártir de su fanatismo, el enemigo de toda transaccion, el rebelde á toda conveniencia, el acerbo crítico de los jefes de la democracia, el apasionadísimo amante del pueblo, aleccionado por su claro entendimiento y por su larga experiencia, se inclinaba á mantener la paz, mientras su interlocutor Courmet, de sangre hirviente, de temperamento bilioso, de génio furiosísimo, de ideas exageradas, revolucionario á la antigua, ó mejor dicho, bullanguero perpétuo, conjuraba á todos para que llevasen el cadáver á París en hombros de la plebe, rodeado por una inmensa muchedumbre, la cual, como sus gritos decian elocuentemente, estaba decidida al sacrificio en una heroica batalla. Delescluze observaba con claro sentido, con profundísima verdad, que, en el corazón de París, en sus calles, aun podia arriesgarse la peligrosísima aventura; más allí, en pleno campo, en el espeso bosque, debiendo atravesar las verjas de Neuilly, las fortificaciones de París, las avenidas del grande ejército y de los Campos Elíseos, el ataque era imposible, la derrota segura, la carnicería inevitable, volviendo el Imperio á robustecerse y á engordar con la sangre de los republicanos, próximos á ser inmolados por millares en aquel cruento é inútil sacrificio.

Se decidió, pues, el arengar á la muchedumbre y disuadirla del viaje á París. Rochefort comenzó. Desde un cuarto segundo, asomado á un balcon, pronunció discurso vulgar, de esos que nada realmente dejan en el ánimo. Dijo, que comprendia cuán difícil